

Para una teleología del servicio

Por EMILIO BARRETO

Si se pretendiera una teleología de la insularidad, tal y como Lezama le propusiera –o, más bien, le sugiriera a manera de plan a emprender en más o menos un plazo medio– a Cintio Vitier durante los años esplendorosos de la creación literaria dentro del grupo de intelectuales que se reunió en torno a la revista Orígenes, deberá buscarse, primeramente, una teleología del servicio, de la gestión en la cosa pública. Entonces sería imprescindible estudiar Manual del perfecto fulanista, de José Antonio Ramos.



La Editorial Letras Cubanas, por medio de su Colección Biblioteca Literatura Cubana, ha colocado en las librerías de la capital la más reciente edición de este libro eterno, es decir, vigente para todos los tiempos. Manual del perfecto fulanista es un conjunto de reflexiones redactadas por José Antonio Ramos (1885-1946), cuando este contaba sólo 21 años de edad. (En ese tiempo, Ramos ya había dejado de ser un intelectual en ciernes). Con Manual del perfecto fulanista Ramos se sumergió en el empantanamiento político-social que estigmatizó al denominador común de la gestión de los políticos cubanos de inicios del siglo XX. Con gracia mordaz pero con prosa incisiva, marcada por la impetuosidad de la primera juventud, Ramos dibuja las diversas expresiones conformadoras de la naturaleza criolla, tanto en sus costados serios como en los vergonzosos, con dos grandes intenciones. Ahora nada más me aproximaré a la primera: propiciar el impulso del progreso del ser cubano, el aumento del talante personal en ocupación del avance del territorio que había dejado de ser la isla para comenzar a llamarse el país.

A Ramos le tocó formarse intelectualmente una vez culminada toda la gesta independentista e iniciado el período de desmontaje de la colonia (1898), para dar paso a la inauguración de la república que nació el 20 de mayo de 1902. Por ello, resultó heredero de primera generación de la hornada de patriotas que dedicó la vida a la fundación de la nacionalidad cubana. De ahí, en parte, el talento precoz en el arte de pensar bien. En 1906 ya el joven José Antonio Ramos se hallaba en condiciones intelectuales de asumir una poética de madurez tangible sobre la patria, la cubanidad, el ser cubano, el hacer por Cuba.

Manual del perfecto fulanista puede parecer un volumen insólito; está concebido sobre la base de la inmediatez noticiosa, esta era, la personalidad política del cubano al calor de las transformaciones político-sociales en una nación emergente. No es menos cierto: nos hallamos ante un trabajo tan original como sagaz. Sin embargo, opino, también es atinado no despegar de las disertaciones de Ramos algo notable, salido del manantial de ideas vertidas y diseccionadas por otro José Antonio anterior: Saco, un intelectual avalado por la magnificencia de sus trámites precursores en relación con la Patria. José Antonio Saco, todavía hoy, estremece las neuronas del lector avezado con las páginas de Memorias de la vagancia en Cuba, precisamente ahí, estimo, debió sentir José Antonio Ramos los zarandeos de la inspiración. Igualmente, sostengo la justeza de reconocer alguna pizca de Manual del perfecto fulanista en la sazón deliciosa recetada por Jorge Mañach para el punto exacto en Indagación del choteo.

Si bien José Antonio Ramos es nieto literario de los escritores formados en el Seminario San Carlos y San Ambrosio de La Habana, bajo el apadrinamiento del obispo Espada, es justo afirmar que, más directamente, José Antonio Ramos es hijo intelectual de la generación de pensadores recurrentes en las páginas de la prensa de oposición a la metrópoli española en el último cuarto del siglo XIX. Para esa fecha ya podía hablarse de la existencia y la circulación de una prensa autonomista y otra independentista donde, respectivamente, vertieron sus consideraciones en relación con la identidad y la nacionalidad, patriotas de la estatura de Rafael Montoro y José Martí, por ejemplo; ambos, a su vez, cosechadores de la simiente patricia sembrada por el padre Félix Varela, José de la Luz y Caballero, el ya mencionado José Antonio Saco, el padre José Agustín Caballero y Carlos Manuel de Céspedes, entre otros escritores. Con el influjo torrencial de un par de generaciones antecesoras, privilegiadas por la verbigracia, Ramos consiguió inscribirse dentro de una generación de jóvenes escritores y artistas aventajados (en la que pudiera ser incluido Enrique José Varona), preocupados primero y ocupados inmediatamente después, en el curso de la nación ya inaugurada.

A José Antonio Ramos, en particular, le barrenaban el alma y la vergüenza el acto de medrar a costa de los cargos públicos en la gestión protagonizada por políticos corruptos y egoístas, encargados en labores administrativas durante el gobierno de Tomás Estrada Palma. Para el texto objeto de este comentario, Ramos se vale de una enorme capacidad de

observación para establecer, agudeza analítica por medio, un ordenamiento de la sociedad cubana de las dos primeras décadas de un siglo todavía en sus umbrales. En la jerarquización plasmada aparecen, entre otros, antimodelos como el fulano, el fulanillo, los muñeques y los directores in partibus. El autor se interesa también por el sentido de correspondencia entre ellos, por sus trazas: las auténticamente aprovechables y las deleznable. Toda esa información procesada, Ramos opta por presentarla con el vigor de la imputación rotunda frente al individualismo desmedido y la putrefacción de la burocracia.

Enjundia concienzosa y belleza estética aparte, hay, sin embargo, una curiosidad en la proyección editorial de José Antonio Ramos: la escritura, la dedicación y el alcance de este libro fueron concebidos para el lector que nunca lee. Según explica Ramos en la sección inicial del volumen, intitulada “Al lector que nunca lee”, es muy necesaria, en este caso, una lectura bien atenta; Manual del perfecto fulanista no es un libro para ser leído como suelen ser devoradas las novelas, cuyas tramas se adormecen a medio camino y, próximas al final, se abalanzan sobre un desenlace marcado por el atropellamiento de los sucesos y las opiniones. (Las novelas admiten la lectura a trancos: violentando pasajes. Este ensayo, en cambio, exige la disciplina establecida por la paginación.) Tampoco se trata de un texto engalanado por giros estilísticos novedosos. Así lo publicita Ramos. En ello coincide plenamente.

De forma similar, el autor también señala que su libro no muestra erudición. Y al respecto sí discrepo. (Desmesura de una summa juventud que, en instantes como este, se torna extrema. Y los extremos siempre son malos). Manual del perfecto fulanista deja ver, todo el tiempo, no sólo erudición, sino una sabiduría que calza al docto conocedor más allá de la realidad cubana de la época, también de la historia y el acontecer internacional del período y el concierto de las naciones en el cual se pretende insertar el estado de reciente estreno. Ramos, sin embargo, estima fundamental privilegiar el acercamiento a ese lector de pocas horas de vuelo para sacudirlo del pensamiento inmóvil, apisonado por la inercia de la existencia rutinaria. Aquí surge la segunda gran intención del escritor: provocar la discusión y el debate.

Si analizamos los caminos de la política en la Cuba del siglo XIX, en su inmanencia con los de la comunicación social, salta como una sorpresa la declaración –velada– de levantar al lector menos hábil del letargo prolongado. Esto es no es más que el ejercicio de la cultura a la usanza de las naciones más desarrolladas de la época, es decir, Europa Occidental y los Estados Unidos de América. Veámoslo al menos con un poco de detenimiento.

Las dos gestas independentistas, como era lógico, le dieron un nuevo cariz a la relación entre política y comunicación social. Como resultado directo del Grito de Yara se estructuró la prensa independentista y, a la par, la comunicación fuera de los límites de lo mediático. Quizás no constituya un desafuero el hallar en la Asamblea de Guáimaro el germen de lo propagandístico en Cuba. Máxime si se toma bien en cuenta que el Himno Nacional de Cuba es una marcha de guerra, por tanto movilizativa, de agitación. Sobre esa base se tejieron las relaciones sociales en la Cuba de la segunda mitad del siglo XIX.

Pero los inicios del siglo XX dictaron otro rigor: el desarrollo del capitalismo. La nueva sociedad pautada por los Estados Unidos de América (a la sazón primero interventor en isla de Cuba y más tarde amordazador del estado nacional en sus primeros períodos presidenciales y una segunda intervención estadounidense de por medio) la propició el auge de la comunicación social desde la óptica de los medios masivos (entonces eran la prensa y el cine). Aunque la filosofía del consumo se granjeaba el allanamiento de los caminos para mover a las muchedumbres, la práctica de la cultura ya comenzaba a promoverse con un sentido personal, esto es, de la conciencia de la creación (entiéndase medios o autor) a la del consumidor en sentido estrictamente individual. De ahí la preocupación de José Antonio Ramos ante la poca disposición y la disponibilidad de un sector apreciable de los cubanos al pensamiento y el provecho extraído de los rumbos de la cultura mundial. “Ya no mandan los hombres, sino las muchedumbres –dice Ramos en “Al lector que nunca lee”–. Pero es porque la Humanidad va dejando de ser un rebaño. Cada hombre que se encuentra a sí mismo, descubre el estrecho vínculo que le une con la sociedad en que nació, y comienza a vivir llevando en el fondo de su conciencia una voz que habla siempre en nombre de la Patria y de la Humanidad, es un hueco abierto en el antiguo rebaño de almas”.

Por ese motivo, Ramos estimó pertinente proyectar su libro hacia cada persona, sin alardes movilizativos, sin lenguaje de propaganda, sin la agitación y el desorden movidos por la pasión. Aunque la República naciente padeciera los síndromes de la corrupción y la politiquería –en la magnitud de pandemias abominables cuyo grupo de riesgo eran los funcionarios de la cosa pública–, los ideales de fortaleza ejemplarizante no requerían tanta pasión como ternura, tanto ímpetu como constancia, tanta indiferencia ante la desgracia como sensibilidad y estoicismo para superar las acritudes de la indolencia y la deshonestidad, así como las frustraciones por la decepción, o la indiferencia del prójimo ante la desgracia que suele convertir en jirones el corazón del cubano de buena voluntad.